

EL MOSAICO.

PERIÓDICO LITERARIO I DE COSTUMBRES.

Año I.

Santiago, Agosto 4 de 1860.

Núm. 3.

EL MOSAICO.

SANTIAGO, AGOSTO 4 DE 1860.

Destino de nuestra poesía.

II.

Cualquiera, por mui poco versado que sea en la literatura de este siglo, puede convenirse de esto con solo observar que Voltaire, que era el primer poeta de entónces, no fué sino en mui raras ocasiones verdadero poeta. La esterilidad del corazon, helado por el materialismo, mal podia ofrecer una página siquiera de poesía, un solo eco de ternura; asi, sorprende i asombra que este hombre, a quien el mismo Lammenais califica de *espíritu infinito*, no pudiese conmover el corazon sino mui raras veces, i eso nunca completamente, como habria sucedido si hubiese tenido por norte de su pensamiento otra filosofía.—El madrigal, el epigrama, las composiciones epitalamicas i la sátira fueron los únicos jéneros que cultivaron con brillo los vates de aquella centuria; i en eso nada hai que estrañar, pues la tragedia, el poema i la poesía lírica no pueden vivir faltándoles el único apoyo que puede sostenerlas.

El siglo XVIII fué el siglo de la incredulidad, i como tal, es lójico que las pasiones que afean el corazon humano tuvieran en él un vasto teatro en que desarrollar su maléfica influencia: asi fué desgraciadamente, pues el orgullo haciendo las veces de sentimiento i el sofisma usurpando el trono a la razon, constituyeron la esencia de la literatura de aquella época.

La filosofía contrájose, como era natural, a ilustrar la intelijencia en todo aquello que se considera como positivo en el mundo: en todo aquello que puede esperarse, amarse i codiciarse cuando se mira la existencia como un dia sin mañana, como un solo momento de transporte que es preciso aprovechar i gozar de cualquier modo, no sospechando siquiera que al canto de la orjía debe suceder el lamentamiento del desengaño i el grito de la desesperación i la muerte. Todo fué sometido al cálculo en esta época que podemos llamar tan funesta

bajo el aspecto de las creencias relijiosas i el de la poesía como fué noble i bienhechora en la esfera de la política. La razon orgullosa de sus triunfos creyóse, como hemos ya dicho, solo digna de tomar el compas: negó todo lo que no podia medir; i por supuesto no pudiendo traspasar el límite que la providencia ha marcado a las facultades humanas, vióse a la Divinidad, insultada i negada por su propia obra, tener que correr a sepultarse en los abismos de su misma grandeza.

Hai en el hombre un sentimiento indefinible que es fuerza respetar hasta en sus errores: este es el sentimiento relijioso. Si el sofisma, queriendo esplicarlo todo a fuerza de cálculos que nada esplican, consigue disecar la fuente de donde emana, la vida moral es entónces mui poca; i el hombre reducido en tal caso a la mezquina esfera del positivismo, vése fatalmente obligado a reducir todavía mas el pequeño espacio que ocupa en el campo de la creacion, i a romper en consecuencia el hilo de oro por el cual anudaba dulcemente sus esperanzas al reino del infinito.

Siendo el espíritu que animaba a la sociedad entónces solo el de la filosofía materialista ¿por qué nos preguntamos casi horrorizados por el motivo que llevaria a Voltaire a componer su execrable poema de la Doncella de Orleans, en el que parece haber querido consignar toda la hiel que destila sobre el corazon una filosofía sin sentimiento i sin esperanza?

El poema de la Henriada ahí está en prueba de lo que decimos: majestuoso, brillante, fácil, compitiendo en bellezas artísticas con todo lo que puede producir de hermoso la poesía considerada solamente como artificio; pero al mismo tiempo ¿cuál es la pintura que en el nos conmueve? ¿cuál la situación grandiosa que nos arrebatara, i en la cual deseáramos ver a la ilustre víctima de Ravallac, digna por tantos títulos de una poesía sublime? ¿Podria citársenos un solo poema de este tiempo que pase la raya de la mediocridad? I por qué preguntamos? Porque faltaba al espíritu aquello que exijía Madama de Staël a todas las obras del jénio, i que con su májica pluma nos ha transmitido como un recuerdo eterno que la posteridad debe conceder a su memoria. Dice así:

«Las grandes ideas religiosas, la existencia de Dios, la inmortalidad del alma i la union de estas bellas esperanzas con la moral, son de tal modo inseparables de todo sentimiento elevado, de todo entusiasmo meditativo i tierno, que me parecería imposible que ninguna novela, tragedia, que ninguna obra, en fin, de la imaginacion pudiese conmover sin su socorro. —I aun no considerando estas ideas sino bajo el aspecto literario, creo que lo que se ha llamado en los diversos jéneros de escritos *inspiracion* poética es solo aquel presentimiento del corazon, aquel vuelo del jénio que transporta la esperanza mas allá de los límites del destino humano.»

Despues de esto que compendia cuanto hemos dicho, poco o nada nos queda que añadir sino simplemente traer a la memoria, que la poesía en el tiempo de la Enciclopedia no tuvo mas asilo que el corazon del pobre Rousseau, a quien la mano de Dios había repartido este tesoro, sin duda ninguna, ménos para su gloria que para su martirio. —Sin amigos, mal mirado por los orgullosos filósofos entre los cuales era quizas la primera lumbrera: sin patria puede decirse, pobre siempre, i mas que de dinero de amor, de aquella ternura para que parecia haber nacido; sus escritos aunque carezcan de la rima convencional del verso tienen la del alma, la del sentimiento profundo que compensa con usura los magníficos i bien torneados versos de su rival i perseguidor el patriarca como se llamaba de la filosofía. —¿I porqué estaba encerrada la poesía en el alma del relojero de Jinebra, del pobre Suizo que muchas veces no tuvo donde reposar su cabeza venerable: que no halló mas que traidores i envidiosos en todos aquellos a quienes amó; i que llegó hasta prostituir la grandeza de sus sentimientos entregando su corazon de poeta a la infame ramera que no supo mas que torturarlo? Por qué solo él creía en medio de los engaños de que era víctima: por qué solo él amaba en medio de los desdenes con que pagaban su amor; por qué solo él esperaba en medio de su miseria i sus dolores; por qué solo él era el que penetraba en el santuario de la verdadera filosofía i quemaba la mirra del sentimiento en los altares del espiritualismo. —Oh! el autor del Emilio había nacido poeta i poeta sublime: faltóle solo la rima, pero esa no pudo tenerla porque para la imaginacion i la fé no prestaba la retórica entónces sus arreos, ni concedía su vestido el arte sino para la burla i la impiedad, deidades únicas de aquel siglo.

Debiendo seguir la historia de nuestro pensamiento, el hilo del discurso rómpese al llegar al final de aquella centuria. —En efecto, la guillotina descargada por la mano del jacobinismo, no era ciertamente la que podía amparar al poeta i conducirlo al templo de la verdad: nó, en medio de esta tormenta, de este

espantoso cataclismo de la razon humana solo el sofisma i la venganza pudieron hallar éco. Sin embargo, algunos cantos melodiosos, tristes como los del cisne al morir, hiciéronse oír entre el tumulto i el ruido de las cadenas arrastradas por un pueblo, que se juzgaba libre, por qué había roto todos los lazos de la sociedad; por qué había hollado todos sus deberes para conquistar sus derechos; por qué había insultado al padre de la justicia i la igualdad para lograrlas completas; i porque enseñaba en fin, el modo de romper, de hacer trizas todos los elementos de organizacion social, pretendiendo aun tiempo reconstituir los de su patria.

Cuando no hai salvacion para el talento, cuando el hacha del verdugo hiere todos los rangos de la sociedad, cantos solemnes i profundos suelen resonar en medio del estestor de la agonía como el canto de una ave amiga en un dia oscuro i tormentoso. —Así vióse a Delille i Andres Chenier celebrar bajo los verdugos la inmortalidad, última esperanza que quedaba al poeta en esa noche de sangre. Las glorias de Bonaparte pusieron, por fortunade la Francia i del mundo, un punto final a aquel lúgubre período; mas como al despotismo sanguiinario del pueblo siguióse en breve el esplendoroso del conquistador improvisado, la poesía amedrentada con el estruendo de las armas tuvo que esconderse en la oscuridad, i ahogar allí en el silencio i el retiró los ayes del dolor que retumbaban sordamente en su seno.

José María Chenier, como se sabe, osó cantar al libertador de la Italia, pero bien pronto tuvo que enlutar su lira para dar voz a los fúnebres suspiros que el aire pesado de la tiranía hacia exhalar de su corazon republicano. —El *Tiberio* tragedia cortada al gusto del pasado siglo, i en la que solo la suspicacia del primer cónsul pudo ver alusiones a su persona, puede servir para apreciar el estado no solo en que se hallaba la poesía sino la literatura en jeneral bajo las victorias del héroe de Marengo.

El temor al que aparecia ya con todos los arreos del tirano hizo que el escritor *convencional*, apesar de estar nutrido como lo estaba de la literatura antigua, buscarse en los pensamientos mas el brillo que la fuerza i con mas empeño la enerjía del republicanismo que la verdadera inspiracion. La pieza que decimos, tiene sin duda, mérito como todo lo que salió de su pluma, pero de ninguna manera el que debia esperarse del hombre cuyos escritos iban preñados de poesía cuando era inspirado por el sentimiento de la libertad de la Francia. La poesía, en fin, en todos los jéneros que recorre cuando halla eco en el pueblo que goza de sus derechos, fué, si es posible decirlo, trivial, comun i tan fujitiva como lo fué el reino del Directorio i del Consulado.

Bajo el imperio, la frase de Lamartine: *ec*

reinado del cálculo i del sable, es bastante para espresarlo todo.

¿Necesario será decir una sola palabra mas para probar que la poesía no puede vivir separada de la libertad i la justicia?

El desastre de la batalla de Waterloo, que tan funesto golpe dió al orgullo de las armas victoriosas de Napoleon, considerado bajo el punto de vista literario, no puede ménos que apreciarse como el acontecimiento que, aunque hiera la vanidad del corazón Frances, orgulloso hasta de su misma servidumbre, ha servido como de punto de partida a la literatura para tomar el carácter que la distingue. Si se quieren recordar los nombres i las obras que han contribuido a poner a la literatura Francesa en consonancia con las necesidades de la época actual, es forzoso citar a una mujer insigne en la historia de las letras.—Madama de Staël, discípula de Rousseau, espiritualista por tendencia i por sistema, alimentada con todos los estudios profundos de la filosofía, adornada con todas las dotes morales que puede merecer un mortal de la mano del Dios, fué, como no es posible dudarlo, la que puso la primera piedra para la reconstrucción de la filosofía cristiana en la Francia de entónces, a lo que se debe seguramente las páginas sublimes del cantor de Jocelyn, de seguro el mas inspirado vate de este siglo. Madama de Staël es la primera que enseñó al espíritu poético de esta época la verdadera senda de la inspiración i las ventajas que podia prometerse penetrando en una via de que la impostura habíala sacado para esterilizarla, o mejor, para darle una eterna sepultura. Vuelta la Francia a sus creencias, devuelto al corazón de sus hijos el sentimiento; el amor, la ternura, la fé, la religión, forzosamente debieron ser manantiales inagotables de poesía, i así lo fueron, pues Lamartine i su escuela parecen haber resucitado los tiempos de Abelardo i Gabriela de Vergy, dando, sino es un atrevimiento decirlo, nuevos sentidos al cuerpo, nuevas facultades al alma i nuevos i mayores consuelos al corazón que los que habia podido encontrar hasta entónces.

Chateaubriand, a quien es forzoso nombrar tambien como el mas poderoso de los artifices del templo de la poesía moderna i la mujer ilustre que ya hemos citado, han conducido el espíritu a la creencia, al sentimiento, a la fé por medio de sus ideas, de sus obras, verdaderos poemas aunque estén escritos en prosa; i con los cuales les ha cabido la gloria de estirpar para siempre la plaga del materialismo, ni mas ni ménos que aconteció a Cervantes sepultando eternamente en la tumba del ridículo la estúpida demencia de la caballería.—Pero al ménos este destruía lo que tenia su base en un sentimiento exaltado del honor i

los otros lo que no solo nubla la inteligencia sino que degrada el corazón hasta la infamia.

Al hacer mencion de estos dos ilustres escritores, seria una injusticia imperdonable no atribuir tambien alguna parte de la indisputable gloria que recojieron a dos hombres cuyos escritos parecen seguir el mismo impulso, i a quienes la posteridad ha hecho ya su merecida justicia. El abate Delille con su poema de *la piedad*, Fontanes con sus sentidas poesías i Michaud con *la primavera de un proscribo* habian comenzado ya a dar a la literatura Francesa una dirección que parecia tener un eco profundo en la sensibilidad nacional por tanto tiempo comprimida.

Entónces fué cuando las letras propiamente comenzaron a recojer la herencia de las lágrimas que les habia costado el infortunio de un gran pueblo. Entónces cuando la poesía pudo atesorar en su santuario esa infinidad de dolores inflijidos a la patria ya por el puñal de los verdugos ya por la espada del nuevo tirano. El drama que se habia sucedido envolvía peripecias horribles, inmensas: ora se presentaba con la risa i la esperanza en los labios, ora amenazador i rujiente, ya como el crepusculo de un día lleno de serenidad i esplendor ya como las últimas sombras de una tempestad eterna. La resurrección de la Francia era un milagro: su reconstitución social i política la obra de un jenio inmenso: su rehabilitación moral debia tambien ser solo producida por aquellos fenices de la razón que renacen de cuando en cuando, como el alma de todo lo grande i hermoso que ha desaparecido, para probar que la inmortalidad de lo bello i lo sublime no es solamente una antojadiza paradoja. Entre todas las existencias de los hombres de esta clase habiase formado, por la misma separación violenta que habian padecido, una verdadera confraternidad, una especie de concierto de pesares que parecían hacer ménos funebres con sus modulaciones las ruinas aun humeantes del pasado incendio i endulzar en cuanto era posible el corazón llagado de las víctimas.

Dispersos en distintos países, estos gloriosos fujitivos eran realmente los hijos de Sion llorando la ausencia de Jerusalem perdida. En el destierro varios de ellos cantan el himno del dolor: ofrécnlo como un tributo de ternura a la patria; i quizás no recojieron de sus contemporáneos la gratitud con que encadenaron para siempre a la civilización humana.

Subido Luis XVIII al trono de San Luis: consolidadas las instituciones, en cuanto era posible que pudieran solo tratándose de una organización política i social trastornada o consumida hasta sus cimientos, la literatura Francesa asume una forma precisa no solo en

el aspecto bajo que se presenta sino hasta en el carácter que la distingue.

Si nos contraemos a la poesía, la resurrección de ella es asombrosa: jamás la lengua Francesa había manifestado tanta ternura, tanta pasión, tanta fé, tanto entusiasmo; las conveniencias retóricas como se llamaba entonces al clacisismo que no permitía al corazón dejar de ser elegante por ser sensible, apasionado por ser majestuoso, fueron abandonadas en el primer momento; i esto se explica i puede compararse con el desaliño que daría a su tocado una jóven obligada a guardar por largo tiempo una excesiva medida hasta en el mas insignificante de sus movimientos, quedando en consecuencia si ménos acicalada i compuesta, con mucho mas bella i arrebatadora.

La poesía Francesa en manos de Lamartine produjo sonidos encantadores como los había producido ya en las del *cantor de los Mártires*. La religión tuvo pues su profeta: el nuevo David comenzó preludiando cantares inimitables, endechas de amor celeste que no podrán perderse como sucede a las que no exhalan mas que el mundano amor, o los incentivos caprichosos de las pasiones que no salen de la esfera de lo que vemos.

M. BLANCO CUARTIN.

(Continuará.)

El llanto de mi corazón.

No llores nunca, corazón herido,
Que nadie sabe comprender tu llanto;
I ya conoces que al dolor el mundo
Mofa cobarde.

No lo comprende, ni lo supo nunca
Que el llanto ha sido del penar esencia,
I que un infierno de agonías corre
En cada gota.

No sabe como el desengaño crudo
I la tortura que al mortal asedian
Mordiéndolo el alma con furor insano
Llanto destilan.

Mira lloroso el rostro de la jóven,
I cree mirar el matinal rocío
Con que la rosa su capullo embebe
Tierno i lozano.

Mira en la faz del achacoso viejo
De triste llanto una abrasada gota,
Solo arrancada, a su pesar, violento
Ya de sus ojos.

I sin pesar siquiera que esa lágrima
Refleja un mundo de amargura horrible;
Que es solo el cieno que su pecho roto
Limpio derrama;

Que es el dolor que en sus endebles días
Aun se ceba, cual feroz pantera
En la osamenta que en voraz destrozo
Hinca su diente;

Dice riendo el mundo sin entrañas,
Cual si el pesar ajeno lo alegrara:
¡Llora en buen hora, miserable, llora!
¡Ya no hai remedio!

Mira a aquel padre que perdió a su hija
Que era en la tierra su celeste encanto,
I esclama: llora el infeliz! tan solo
Por egoismo.

Si vé que el jóven que nació a la vida,
De la belleza i del talento ornado,
Con un tesoro de virtud en su alma,
Triste se queja;

El mundo entonces despiadado rie,
A sangre fría insulta sus sollozos:
Su dolor burla, i escarnece fiero
Su mismo llanto.

Si ve a Gilbert, el vate de la pena,
Muriendo de hambre en el angosto lecho
De un hospital, regocijado esclama?
¡Müera ese loco!

¿I aun así quieres, corazón doliente,
Verter tu llanto en el erial del mundo?
¿I aun así quieres que tu llanto sirva
Solo de escarnio?

¿O, por ventura, crees que del poeta
El llanto vale de abundoso riego
Para que broten en la tierra seca
Dulces virtudes?

¿Para qué nazca i crezca el sentimiento?
¿Para qué viva la inmortal poesía?
¿Para qué solo de transportes puros
Exista el alma?

¡Ah! tu creías, corazón sencillo,
Que era tu llanto como la resina
Que esos robustos árboles del Asia
Dan al herirlos;

I qué ostentar, cual ellos, deberías
En tu raíz las hondas cicatrices
En testimonio de la miel vertida
Con necio orgullo!

Ah! nó, no viertas en humano pecho
Jamás la esencia de tu pobre vida;
Porque ya sabes que el dolor i el llanto
Sirven de afrenta.

Mas si desborda la amargura, llora
Solo teniendo por testigo al cielo,
Solo a las flores, a la fiera, a la ave,
I al mar rujiente.

Empapa entonces la corola pura
De los jazmines, si el dolor te mata;
Solo al arroyo o al torrente libra
Tu acerbo llanto.

Pero al mirar al hombre, de tu cara
Borra cuidadoso la rojiza huella:
Un dique pon a tus sensibles ojos
I rie luego.

Si, rie siempre de este mundo horrible
Con esa risa de infernal ventura,
Con esa risa que asemeja la hoja
Del estileto.

Con esa risa que parece el canto
Que allá retumba en el profundo averno;
Con esa risa que escarnece i mata
El alma toda.

Si así tu ries, orgulloso el mundo,
Cual de un precioso hallazgo envanecido,
Esclamará: mui bien! es de los nuestros!
¡Vengan verdugos!

¿Lo entiendes, dime, corazon?... Mas lloras....
¡Sufre. te pido, corazon cobarde!....
Mas ai! si en llanto te deshaces, pobre!
Si nada escuchas!

Si te derrites en copioso lloro;
Si como nunca tu tormento anegas;
Si como nunca tu martirio empapas
En gruesas lágrimas.

Ah! no hai remedio: llorarás tú siempre;
Que el que a llorar tan solo aqui ha venido
Ha de llorar aunque se ria siempre
El mundo infame.

M. BLANCO CUARTIN.

Un artículo que bien puede leerse sin ganar ni perder nada.

SUMARIO.—Lo barato sale caro.—La muela de Lorenzo Lopez.—Una carta panfleto.—Sociedad de anticuarios. ¿Hasta cuando no se destapa?—Hasta cuando no se tapa?—Nuevo descubrimiento médico.—En todos los países la ciencia tiene sus mártires.—I no són ménos los de nuestra literatura.

Si es una verdad el adagio que dice: lo barato sale caro, no lo es ménos este otro: lo barato sale siempre barato. Si creen mis lectores que no pudo salir de este enredo me explicaré.

El que sin pretenderlo, ni merecerlo se ve de buenas a primeras con un buen empleo que le permite sin chamuscarse las petañas llenar sus necesidades cumplidamente ¿podrá decir lo barato me ha salido caro? No por cierto: i tenemos tanta fé en lo que decimos, que si tuviese buen oído el ministro oiría que nos hallamos en el caso de comprobar con la experiencia este aserto.

Ahora veamos el reverso de esta medalla: si nos dan un empleo, que, aunque no nos haya costado sino tres docenas de empeños, i ochenta i tantos saludos i mil cortesías i dadas de vereda, no solo al ministro sino hasta al portero de la oficina (porque es preciso advertir que cuando uno quiere al dueño de casa hasta los perros de su pertenencia le hacen gracia) i despues de todo este corto trabajo, salimos con que no renta ni con que pagar la lavandera, o comprar un atado de cigarros, o hacer frente siquiera a los que, llevados del olor del empleo, lo husmean a uno como perros sabuesos ¿qué podrémos decir de ello? ¿Dirémos que lo barato no sale caro? O no se entiende por carestía las raspas, las pelucas, las amenazas de destitucion amen de las persecuciones de cobradores que siempre son el gaje de los empleos homeopáticos como dice uno?

Cuando una criada nos trae cuatro o cinco huevos i cinco o seis manzanas i algunas ramitas de albaca, i llega con un recado bien aprendido, deseándole a uno que se los coma en compañía

de su esposa ¿saldrá barato el obsequio, pregunto yo por poco a nada que uno le dé a la tan bien intencionada i amable sirviente? Ah! cuantas veces un ramo de violeta, me ha costado, lector, el sueldo de una semana o mejor una semana de sueldo!

Ai! cuantas veces el prender un cigarro en la alameda me ha costado tambien la pena de ir doce o catorce cuadras con un séquito de chiquillos que me cobraban, como ellos decian. *la prendida!* Oh! Caramba, hai obsequios que valen una verdadera pena; i sino lo ¿crees, voi a contarte unos cuantos pasajes en que podrás hallar perfectamente confirmado el dogmatismo de esta opinion.

Pues señor, no hace muchos dias que una de esas mujeres que recorren las calles con su atadito en la cabeza, se entró a mi cuarto sin que yo la apercibiese.—Una vez encontrado con la figura de aquella hija de la soberanía popular, le pregunté como era que tenia el placer de verla: a lo que me contestó que sabiendo que yo era un hombre mui aficionado a las gallinas, me traia esos cuatro huevitos del dia para que me los almorzase en *compaña* de mi familia.—Por supuesto el tal regalo me desconcertó i lleno de vergüenza le dije: que yo no recibia jamas obsequio de las damas, i que así, si queria se los compraria en dos reales.—Al decir esto i tomando la canastita en que venian los tales, me dijo: supuesto que usted señor no me compra mi regalo mas que en dos reales, me los llevaré i se los iré a regalar por cinco reales a aquel señor que allí está parado.—Ida la jenerosa criatura de los huevos, me asomo a la puerta de mi habitacion i veo a un viejecito que sin hacer de mi el menor caso principia a echarme todo el *credo*.—Al cuarto de hora, sintiendo que me golpeaba mi puerta, salgo otra vez de mi pieza, i me hallo con que el devoto anciano me cobraba un real por el *credo* que habia rezado por la salud de mi esposa i de mis hijos. Fuera un tanto de mi constante sangre fria, le dije que no queria pagarle ni un centavo; pero el tieso que tieso siguió por mas de una media hora diciéndome que si no le devolvía el *credo* iba a ver al vigilante.—Esto dicho repliquéle, que puesto que le debía un *credo*, yo se lo devolveria de mui buena gana, para lo cual púseme a rezar con todo fervor la oracion dicha echándole ademas todo el ofertorio al pobre viejo; pero nada conseguí con esto, sino al contrario, lo único que logré fué que mi San Jerónimo me echase una fila de exclamaciones que no te cuento, i que bien le daban el aire de aquellos lores que al finalizar el bendito rompen con un sartal de desvergüenzas.

Ahora bien: el regalo de los huevos, del *credo* i de otros que he tenido en estos dias, apesar de su baratura ¿no son dignos de que los contemos tu i yo, lector amigo, por una carestía, i no como quiera, sino la mas tiránica i sangrienta?

Al hablar de este asunto no puedo ménos que traer a colacion un suceso que registra el *Ferrocarril* en uno de sus rincones, i que es notorio de todo el mundo.

Pues señor, el acontecimiento no es otro que la muela de Lorenzo Lopez, la cual ha dado motivo a este a un artículo comunicado, o mejor para una nota al señor Intendente de Santiago.

Como la muela de Lopez no quiere decir nada,

o no explica sino que el dicho Lopez ha tenido muelas, entraré en la esplicacion del suceso. Dice pues este sujeto (no lo conozco, así si no es sujeto que me lo perdone) que habiéndose sentido con un dolor agudísimo en una muela de la quijada superior, antojósele ir al hospital, sabiendo que allí se sacan muelas gratis con el fin de que uno de los practicantes de aquel establecimiento se la estrajera.

Asombrado Lopez de no hallar un practicante dispuesto a esta operacion, dice que quiso salirse con su dolor intacto: pero que una de las monjas de caridad que allí ejercen este dulce empleo lo detuvo, i persuadiéndole de la caridad de esta operacion le dió una docena de tirones, de los cuales no solo le salió la muela picada i dolorida sino un pedazo de la quijada que no estaba ni dolorida ni picada. Desangrándose esta víctima de la caridad hospitalaria, asegura tambien que un sangrador (que será el que le sopló el artículo) le estancó la sangre i que solo por él no se le convirtieron las mandíbulas en una laguna de este líquido.

Curado ya don Lorenzo, toma la pluma, i sin mas ni mas le espeta al señor Bascuñan una carta para que ordene que las monjas no saquen muelas por caridad; porque hai caridades mui dolorosas, i porque al fin lo barato sale algunas veces mui caro.

¡Pobre Lopez! si creeria hallarse en Madrid en donde dice Mesonero que hai tiendas que llevan este letrero: aquí se sacan muelas a gusto de los parroquianos.—Pero el infeliz dijo: muela sacada por monja es un buñuelo, i le salió, como dicen, la gata capada. Esto nos hace recordar la indignacion de Rousseau cuando cuenta el papel trocado que representan en Europa los hombres i las mujeres.—I en efecto ¿qué cosa mas chocante que ver a un hombre cortando o cosiendo camisas i a una mujer llevando los libros de un escritorio? ¿Qué cosa mas repugnante, que ver a un hombre ejerciendo, como dice el autor del Emilio, el oficio de partera i a una monja arrancando muelas i con la caridad que nos cuenta el mismo desmolado por ella? A propósito de la carta de Lopez, hablaré algo de la carta panfleto que Massini ha dirigido al Rei del Piamonte.

Como todos mis lectores la habrán leído ya en el *Ferrocarril*, escuso dar una noticia detallada sobre ella; pero no me escusaria si me callase la boca sobre las reflexiones que se me ocurren.

La carta de Massini es elocuente, convencidora, electrizante; pero ¿a quién se le ocurre que un Rei ha de hacer lo que en otros tiempos hizo el bendito de Luis XVI, prestando su ayuda a la emancipacion de las colonias Norte-Americanas? ¿No sabe el demócrata Massini que el papel de Rei es imposible poniéndose como estandarte de la rebelion? ¿Ignora, por acaso, que la corona hace pensar de mui distinta manera al que la ciñe de la que piensan los que la codician? Representantes de la legitimidad, del derecho divino, es decir de la supremacía de un hombre sobre todos, de un capicho sobre todas las voluntades ¿cómo es posible ni racional exigir de ellos que se desnuden del bien que deben a esa feliz casualidad, por no decir monstuosa facultad de que los han investido la miseria i la debilidad del hombre?

Si Napoleon III retrocedió de su triunfo, si la paz de Villafranca fué el resultado de aquella guerra comenzada con tanta hidalguía ¿no sabe Massini

que fué solo por no pensar como le aconseja él al Rei de Cerdeña? Por otra parte, ¿los consejos de Massini no se parecerán en algo a los que daba la zorra que tenia el rabo cortado a sus compañeras? Ah! los panfletos no hacen nada, desengañense Massini i Lopez el de la muela: la diplomacia es lo único que escuchan los reyes; i no puede ser de otro modo.

I no vamos tan allá. ¿Cualquiera de los tiranuelos de América seguiria los consejos que solemos darles de cuando en cuando sin acordarnos de lo que dice Ercilla? ¿No sabe hasta el último de los que despedazan esta desgraciada porcion del nuevo mundo que

Quando de la dichosa paz gozamos,

Que bien la guerra planticamos:

Que bien damos consejos i razones,

Léjos de los peligros i ocasiones?

Por lo demas, ojalá que la carta de que hablamos no quedase como una de tantas, como quedaban las que le escribian al príncipe de la paz los aulicos que lo rodeaban.—Por otra parte ¡pretender Massini que Víctor Manuel le diga a todos sus ministros, amigos, jenerales, etc, váyanse Vds. con viento fresco, que yo voi a hacer lo que me aconseja el desterrado de Florencia, me parece, i podia jurarlo, una necedad de marca mayor, que por lo mismo no debe esperarse que se atienda.

¡Ojalá que pudiera, sin embargo, llegar a sus oídos las verdades de Massini!

Pero qué han de llegar! la experiencia la tenemos nosotros; i eso que aqui no hai Victores Manueles, ni aulicos, ni camarillas como lo sabe todo el mundo, sino pan pan i vino vino, como dijo el otro, i *alla lo veredes* como añadió Agrajes.

Los reyes estan como ya ves en buena disposicion.—Pero tambien ya era tiempo! Ahora ya no solo se les dice a boca de jarro cositas que les escuezen sino por la prensa i para que suene; así se han hecho ya tan familiares que hasta el Rei de Dinamarca se ha hecho jefe de una sociedad de anticuarios, es decir, de literatos, filólogos etc. i se lleva repartiendo a toda la cristiandad sus diplomas; lo que en realidad es un motivo para nosotros de agradecimiento, pues que hemos tenido la satisfaccion de saber que varios compatriotas nuestros han sido agraciados con el título de miembros de la sociedad de Anticuarios de Copenhague.

Como aqui, sin embargo, la palabra es nueva, han corrido la voz algunas viejas de que los tales diplomas son de masoneria. ¡Miren Vds. que bárbaras! No distinguir a un mason de un anticuario! Pero para qué hacer hincapié sobre esto, cuando creemos tantas cosas algo peores i mas descabelladas.

El año 49 creyeron casi todas las mujeres de la media clase i mas de la mitad de la alta, que el Papa venia a refugiarse en casa del Arzobispo; que Gills vino para armar una casita en el cerro i para que ellas se divertirian mirando la luna; i qué se yo que mas.—Pero en lo que están ahora cavilando no solo el bello sexo sino el feo, es porque no se destapa la estatua que está enfrente de la puerta de la moneda.—Dicen, yo lo he oido, que no quieren destaparla por que el finado va a hablar i a decir cosas que pueden interesarnos: otros cuentan que la tienen tapada para que no se le caiga la cara de vergüenza al verse aprisionado dentro de esa reja i vernos a nosotros como estamos: otros dicen lo

contrario; otros en fin, no dicen mas que esto hasta cuando no se destapa?

Con motivo del destapamiento, los murmulos de la policia dicen tambien, que hai un hoyo en la calle Angosta que no se tapa, i que es porque ahí no vive ningun diputado ni senador que pueda destaparse la nuca: otros añaden que no quieren tapar para que sirva de ejemplo viviente a los de ese barrio de que hai agujeros que no pueden taparse: otros que por no hacer juego con la estatua: otros i otros, otras cosas mas por este estilo que prueba mas que nada la necesidad de material para las conversaciones.

Así nos halláramos en Francia! eso si que es bueno! Un frances acaba de descubrir el modo de curar indefectiblemente la tisis en cualquier de los períodos en que se encuentra i con una medicina que no cuesta sino mui poco trabajo i mui poco dinero.—Por la corriente del vapor del yodo es como se opera esta milagrosa curacion.—Así pues si esto sale tan verdadero como el descubrimiento de Madama Le Crerc ya no tendríamos que deplorar tanto acontecimiento funesto ni que llorar tan amenudo al amigo, a la esposa i al hijo arrebatado por la crueldad de este tirano de todos los tiempos. ¡Lo que es la Francia, inventa las crinolinias, los sombreros como vidriados i los olores, los sacos de perfumes i al paso de tanta futilidad hace unos descubrimientos que obligan a la especie humana a que la titule la reina del mundo.—Allí pues, en esa nacion de modas, de literatura, de orjías, de caridad, de miseria i de opulencia, de crímenes i de virtudes, se ven i con mas frecuencia que en ninguna otra verdaderos apóstoles, verdaderos mártires que hacen ver que el reino de los Vicentes de Paul no ha pasado para siempre.

En eso se parecen a los ingleses que con la invencion del cañon rayado i otras por este estilo no podrán ménos que recojer las bendiciones de los pueblos metrallados por su celo humanitario.

Pero cuando hablamos de mártires ¿por qué no nos hemos de nombrar nosotros? ¿No tiene la ciencia aquí igual apostolado? ¿No tenemos la homeopatía? ¿No tenemos médicos que nos dejan morir a media noche, i que nos sacan por cada visita el alimento de todo un dia? ¿No tenemos abogados que para defendernos cien pesos nos llevan ciento veinte? ¿No tenemos curas que para casarnos, enterrarnos, bautizarnos, olearnos, nos sacan lo poco que nos hañ dejado los médicos i los abogados? I dirán que no es tierra de mártires la nuestra!

Si que lo es, i para probarlo no necesito mas que decir....que iba a decir! no, nó iba a decir: sino a concluir este artículo diciendo nada que entre todos los mártires i crucificados juntos no puede haber, ni habrá, ni ha habido como los literatos nuestros; pues escriben casi todos de valde, i por acápite, nadie los lee, ni nadie les hace caso: ni nadie los convida, ni nadie les regala nada: ni nadie los llama para que escriban en el Ministerio, ni en una buena oficina confortable con buen brasero i buen sueldo; ni nadie los busca para maridos de sus hijas, ni de sus hermanas, ni nadie los quiere por que dicen que son pobres, calaveras, i por fin, por aquello que me ha dado el tema de este artículo i es *que lo barato sale caro.*

La Campana de las Capuchinas.

TRADICION.

(Conclusion.)

IV.

Ya por toda la ciudad
 No hai una sola persona,
 Que aquel caso del convento
 No lo sepa de memoria;
 I del marqués la indolencia
 No queda uno a quien no asombra,
 I lo cortan i critican
 Que les llega a faltar boca.
 Pero el hombre no se cuida,
 I llama lijera broma,
 Aun aquella que asaz tizna
 Gravemente su persona.
 En tanto la pobre Adela
 Con sus delirios a solas,
 Vésela por los jardines
 Vagar triste i silenciosa,
 Como pálida azucena
 Que el ábrego rudo troncha,
 I que léjos de su tallo
 Va en el viento que la agobia.
 En vela allá por los claustros
 La halla la rosada aurora,
 I en el mismo afan la encuentra
 La noche al tender sus sombras.
 ¡Pobre beldad inocente
 Que olvidada de sí propia,
 Vé su mas grata esperanza,
 Que para siempre se borra,
 I que al borrarse la deja
 Solo pesar i congojal
 A veces en su delirio
 La abandonada paloma:
 —¡Mi Adolfo, clama, mi Adolfo....
 Yo muero si me abandonas!
 I entre sus nevadas manos
 Su angustiada frente dobla.—
 Otras veces piensa estar
 Ante el marqués i se postra,
 I ruégale la bendiga
 Con el amante que adora.
 Pero se alza de repente
 I parece reflexiona,
 I como aterrada huye
 Murmurando con voz ronca:
 —¡El es: miradle allí muerto....
 Se acabó mi dicha toda!....

.....

Mas por fortuna o desgracia
 Nada en el mundo hai eterno,
 I todo al fin se destruye
 O se olvida con el tiempo.
 Así poco a poco fué
 Calmándose el mal acerbo,
 Talvez de la pobre niña,
 I a su razon fué volviendo.
 Una mañana por fin
 Dijo que queria el velo
 De monja, i que profesar
 deseaba cuanto mas luego.
 De la abadesa obtenido
 El prévio consentimiento,
 Para dentro de dos dias
 Dejose todo dispuesto.
 Eran dos dias despues,
 I escuchábase en el templo
 De música relijiosa
 Triste i solemne concierto.

Iluminado está todo
 Con gran profusion i esmero,
 I hasta los confesionarios
 Ocupa el jentío inmenso.
 Todo el clero está presente
 I entona cantos i resos;
 I en fin, nada se ha omitido
 Para el aparato espléndido.
 Fueron llegando a la reja,
 Que cabe hai del presbiterio,
 Las monjas, i con gran orden
 Allí poniéndose fueron.
 Adela tambien llegó
 Vestida de lujo réjio,
 Mas seductora quizás
 Que un ángel puro del cielo.
 En ondas que el aire mece
 Apénas leve i lijero,
 Por su espalda i su garganta
 Cae su lindo cabello.
 Una guirnalda de flores
 Ciñe, con arte maestro,
 Su frente, que marchitáran
 Sus recónditos tormentos.
 Pálida está como el lirio
 Que ya no siente en su seno
 El rocío terso i puro
 Qué le alimentó otro tiempo.
 Pálida esta, pero hermosa
 Como el lánguido reflejo,
 Que, al ostentarse la luna,
 Se derrama por el cielo.
 Pronunció la pobre niña
 Los sagrados juramentos,
 Con todos los requisitos,
 Escrupulosa cumpliendo.
 El obispo concurrentes
 Quedaron mui satisfechos,
 I despejando la iglesia
 Tras del chocolate fuér gnse.

v.

¡La ausencia! páramo scuro
 En donde apenas alcanza
 La seductora esperanza
 Escasa luz a verter!
 ¡La ausencia! triste desierto
 Que al corazón acongoja,
 Donde infeliz se deshoja
 La grata flor del placer!

Allí sufre el pobre Adolfo
 Como sufre su querida,
 I cada cual vé su vida
 En fiera angustia acabar.
 Pobres jóvenes nacidos
 Para amarse tiernamente,
 I tanto amor solamente
 Les dá hieles que apurar.

De su adorada a la reja
 Ayer Adolfo podía
 Contarla lo que sentía
 En su ardorosa pasión;
 I él encantado escuchaba
 De ella el musical acento,
 Que indefinible contento
 Le daba a su corazón.

Bajo el albor de la luna
 Que lucía esplendorosa,
 Contemplaba de su hermosa
 El semblante virjinal;
 I talvez entre sus manos
 Las manos de ella estrechaba,
 I.... ¡quien sabe si alcanzaba
 A su boca de coral!

I entónces ¿qué es este mundo
 Por donde vamos sin tino?
 Un delicioso camino
 Sembrado de flores mil:
 Flores que tan solo tienen
 En su cáliz miel divina,
 Sin que escondan una espina
 Envenenada i sutil.

Poder de la que adoramos
 Saborear una caricia,
 Es sin duda una delicia
 Que nos hace delirar.
 Es un placer infinito
 Que Dios quiso para el hombre,
 I que carece de un nombre
 Con que poderle espresar....

.....
 Pero al fin en una noche
 Del abrasador verano,
 Burló Adolfo a su tirano
 Destino i ausencia cruel.
 Como pudo, las murallas
 Escaló del monasterio,
 I sin ruido i con misterio
 Buscó a su querida fiel.

De uno en otro claustro anduvo
 Por los hondos corredores,
 I al cabo allá entre las flores
 De un gran jardín la encontró.
 —¡Mi Adela!— ¡Adolfo! —Dos gritos
 De amor lanzaron sus pechos,
 I en lazos dulces i estrechos
 Su palabra se embargó.

ADOLFO.

¿Adela? ¡arcánjel de amor!
 ¿No es que me engañan los ojos?
 ¿Es realidad o un error
 Que aumentará los enojos
 De mi vida de dolor?

Escuche tu dulce voz,
 Tu arjentino i puro acento....
 ¡Cese mi ansiedad por Dios!

ADELA.

Cálmate, Adolfo, un momento
 Que estamos juntos los dos.

¡Infelice!... yo creía,
 Sin dudar, que eras muerto;
 Aunque invisible sentía
 Una voz que me decía,
 Mi Adolfo, que no era cierto.

Mas ilusión la juzgué
 I despreciando esa voz,
 Ante el altar me postre,
 Bien mio, i allí juré
 Ser para siempre de Dios.

ADOLFO.

¿Qué vale ese juramento
 Que el mismo Dios no admitiera?
 ¡Fugaz preludio del viento,
 Débil flor de primavera
 Que muere en su nacimiento!

Tu corazón era mío
 I por él reclamo ahora:
 Fué tu voto un desvarío
 Que tal vez deseara impío
 Nublar mi brillante aurora.

¡Sí, ángel mio, el cielo quiso
Solo a mí pertenecieras,
I te dió secreto aviso
I nos abre un paraíso
Como jamás concibieras!

No te asista, no, el temor
De ser, Adela, perjura;
Que si olvidarás mi amor,
Mi constancia i mi ternura,
Fuera perjurio mayor.

Sí, mi paloma querida;
Abandona este convento.

ADELA.

Por Dios, Adolfo....

ADOLFO.

La vida
Es un terrible tormento
Si en el amor no se anida.

ADELA.

Adolfo....

ADOLFO.

¡Mi vírjen pura!
¡Ya amanece el bello día
De nuestra eterna ventura,
I en vez de tanta amargura
Beberemos ambrosía!

ADELA.

¡Perjura a Dios!....

ADOLFO.

El mis pasos
Hasta aquí Adela guió,
I yo te estrecho en mis brazos....
Sin duda que en estos lazos
Vivieras, él consintió....

Aquí el sollozo lijero
De una mujer cruzó el viento,
I un beso de amor sediento
Al punto mismo sonó.
Siguió en silencio un instante,
I luego una campanada
Fatídica i prolongada
En la alta torre vibró.

Un ¡ai! triste i desgarrado
Lanzó Adela a aquel sonido,
I un ¡ai! ronco i dolorido
Adolfo también lanzó.
I soltándose de súbito
Del regazo enamorado,
Como quien huye espantado
Los altos muros salvó,

CONCLUSION.

Es en el siguiente día
I por toda la ciudad,
Se corre va a entrar de fraile
Don Adolfo de Guzman.
Nadie de aquella mudanza
Con la causa puede dar,
Pues tenía fama el mozo
De pensar ménos formal.
Ello es que entró al convento
De San Francisco, apesar
De que su padre se opuso
Con toda su autoridad.
La que vieron o sintieron
El i la bella a la par,
Nunca contar he oído
Ni he visto escrito jamás.
Mas sería cosa grave,

Puesta que hízole cambiar,
Una vista de placeres
Por una vida claustral.
Averígualo lector
Que acaso la encontrarás,
En alguna antigua crónica
Que no me tocara hallar.

RAFAEL SANTOS.

Un desengaño.

EPISODIO DE LA VIDA SOCIAL.

I.

Estamos en el año de 1857.

Es el aniversario del día mas grande que Chile puede contar en los fastos de su historia.

Cuarenta i siete años han pasado desde que nos resolvimos a morir o ser libres.

En ese día, se dió el primer paso para hechar el cimiento de ese grande edificio que llamamos Libertad: el poderoso i sagrado sentimiento del amor a la patria nos impulsó a tronchar el vetusto i arraigado árbol del coloniaje, para sustituirlo por el lozano i vigoroso de la Independencia, a cuya sombra las naciones ajadas por el servilismo despiertan de su profundo sueño, se levantan del inmundo lodo en que manos profanas, a veces, las han sumido.

Libertad! palabra mágica para todos los corazones, que los hace aspirar instintivamente a grandes empresas, i resolverse a determinaciones también grandes.

Libertad! palabra rejeneradora de los tiempos, que hace rejuvenecer todo lo que toca con su soplo vivificante.

Lo que aconteció el 18 de Setiembre de 1810, no importó ménos que el primer paso dado en el camino de la Independencia i de la República. Día grande i sublime que todos los chilenos no podemos mirar sin regocijo i sin bendecir, con toda la efusion de nuestros sentimientos, a los hombres que nos dieran libertad, patria, instituciones i leyes.

Por eso, todos celebramos con magnificencia ese día, por eso los poetas lo cantan i todos se regocijan cuando él llega.

II.

Es la tarde; pero esta tarde es bellísima.

Una inmensa concurrencia llena el paseo de la Alameda de Santiago.

Ahí, el hombre de poncho se divisa al lado de un elegante de botas charoladas i cuello a la guillotina; una maritónnes roza su vestido con el de damasco de una de alto tono. Todas las categorías se encuentran reunidas. Un solo recuerdo hai para todos.

Numerosas parejas se pasean luciendo sus trajes i elegantes talles. Un lujo aterrador se nota en los vestidos de todas las Señoras.

El paseo está deslumbrante.

El sol se aproxima a su ocaso: sus rayos tiñen las nubes de un rojo esplendoroso, i van a estrellarse en los picos plateados de los altísimos Andes.

Una doble hilera de elegantes carruajes festonea el cuadro viviente de la multitud que se pasea, que charla, que se divierte i que se ajita en un movimiento continuo.

En uno de los sofás, se vé una jóven muellemente reclinada, que atrae la atención de los paseantes, no solo por el elegante i rico vestido que cubre su hermoso cuerpo i por las joyas que adornan su turjente pecho i torneados brazos, sino tambien por la belleza de su rostro i su dulce mirar.

A su lado está sentado un jóven de 22 años de edad, al parecer; alto, nervioso, un poco flaco, de ojos negros penetrantes, de tez un poco morena, cabello negro ondeado; su boca un si es no es grande, indica franqueza i confianza, un pequeño bigote de color de azabache sombrea su labio superior, su porte es digno sin ser mui elegante.

Mas allá dos señoras conversan en silencio; la una como de 36 años, en cuyo rostro se deja ver bien que es madre de nuestra heroína, personifica a esos tipos de franqueza leal, digna, i comunicativa: la otra de una edad mas avanzada, parecia ser solamente una amiga.

III.

En el momento en que estamos, una conversacion animada i sostenida tiene absorta la atención de nuestros dos jóvenes. Veamos cual era.

—Emelina (este era el nombre de la niña), dijo Alberto, hace tiempo que no tenia un momento tan feliz: el paseo está hermoso; todo deslumbra; ese cuadro que se nos presenta tan bello, tan encantador, viene a completar la felicidad de que gozo estando a tu lado. Parece que todo se ha engalanado para regocijarse conmigo. Junto a tí todo es delicia; todo lo veo tras el prisma de una poesía que has hecho nacer, donde no podian brotar sino abrojos. Ah! cuanto te amo! cuanto te amo, Emelina! tú eres la dulce ilusión de mi vida, el ensueño constante de mi felicidad.—¿No es cierto que me amas Emelina? Quiero oír el dulce sí de tus lábios, de esas labios que parecen arder en una pasión que yo creo poseer.

—Bien sabes Alberto como he correspondido a esa pasión que me has pintado con tan bellos coloridos, dijo Emelina, i bien sabes tambien cuantos proyectos de felicidad ha venido a hacer nacer en mi corazón. Si, Alberto, yo te amo.

I al decir esta última palabra, estampó un beso en una malva que aquel le habia dado.

—Emelina, Emelina, vuelve a repetir esa palabra que suena a mi oído como una música suave que me embriaga, vuelve a decir *yo te amo!*

I de repente, como si un rayo hubiera pasado por su frente, su rostro tomó un aire de tristeza, i continuó:

—Si, me amas; pero siempre me has dicho espera! me amas; pero me exiges que guarde silenciosamente, en lo mas profundo del corazón, ese fuego de amor que rebalsa, que no puede caber ya en mi amoroso pecho: tú no sabes lo que es esperar cuando la sangre circula en las venas, ardiente i lijera.

—Esa especie de padecimiento, ese anhelo por el deseo de nuestra felicidad realizada, tiene tantos atractivos, es tan dulce, querido Alberto, que mas bien se goza que lo que se padece. El hombre se alimenta de ilusiones en nuestra edad.

—Es cierto.

—Está en la época en que la materialidad le espanta i la naturaleza le hace vivir en la esperanza.

—Sin embargo, dijo Alberto, es necesario no

llevar mui allá la idealidad. Aun no sabes, Emelina, cuan grande es el combate que tengo que sostener en mi interior diariamente; ese combate es el furo de la pasión que me hace delirar, que me hace olvidar todo. Tu recuerdo está íntimamente ligado a mi memoria i ni un solo momento se aparta de ella. No veo la hora en que pueda depositar a tus pies mi corazón i cuanto yo poseía. Sí; esperaré hasta entonces, porque ahora estoy contento, así con la dulce ilusión de tu amor, con ese amor que forma todo mi deleite, los celestes sueños de mi loco desvario. Yo no sé lo que es de mí cuando estoy a tu lado, cuando respiro el dulce aliento de tu boca; yo que soi tan espiritual; yo que soi todo idea; yo que solo me alimento con la pura esperanza de tu amor, desearia ver llegar el ansiado término en que nuestras almas se unan por el deber, así como ahora están unidos por la pasión.

—Que romántico estás.

—Es el efecto de la pasión.

—Pasión que te hace dudar de mi amor, de mi fé, algunas veces.

—Eso no, nunca! Dispénsame, Emelina. A tu lado soi un loco, como te acabo de decir.

—Loco que merece un castigo.

—Siempre que ese castigo viniera de tí i que no me privase de tu presencia.

—Lisonjero!

—Aguarda, Emelina, aguarda; mira, ¿no ves esa pareja que pasa por delante de nosotros? esa pareja es la de dos jóvenes que hace pocos dias han recibido la bendición de manos de un sacerdote. Ellos me hacen pensar en nuestra felicidad futura, en nuestros proyectos de amor, de goce, de deleite, santo i puro, como la pasión que abrigo. ¡Cuanto diera por ser como ellos! ¡pero, que digo! soi mas feliz así, al lado de mi Emelina, porque me ama: ella me lo ha dicho i debo creerlo. ¡Cuanto confio en tus palabras! Yo creo en tu amor por que tu me lo dices, i creeria todo lo que tú me dijeras.

La tarde pasó, como pasan tantas tardes, como pasan tantos dias tambien, que se cree se deslizan suavemente entre la ilusión i la fantasía.

IV.

Hagamos un conocimiento mas detenido de las personajes que figuran hasta ahora.

Carmela G.,..., madre de Emelina, era viuda de don Pablo Z.,..., caballero que desempeñó varios destinos honrosos en la carrera administrativa dejando, al morir, una fortuna regular a su familia. Si la señora no podia contarse entre las personas opulentas, no dejaba de tener por eso sus regulares comodidades i de vivir con holgura.

Era Carmela, una de esas personas en quienes la dignidad de señora, va acompañada de una amabilidad sincera i sin afectación. Colocada en una posición espectral por sus relaciones, conocia bastante bien el mundo para poder gobernarse; pero una franqueza sin igual era lo que principalmente la caracterizaba: despreciaba esa ficción, esa máscara de galantería i de política que encubre los sentimientos verdaderos del corazón, i los hace guardarse en un lugar bien escondido para que nadie los vea.

Tenia puesto todo su cariño en su única hija, i la daba gusto en todo.

Viuda a los treinta años, i siempre hermosa, habia tenido algunos interesados a su mano; pero ella no pensó jamás en pasar a ser de otro hombre, que de aquel a quien tanto habia querido i cuyo recuerdo la acompañaba siempre.

En cuanto a Emelina, por lo que respecta a su físico, era de una estatura regular, de formas torneadas, de nariz aguileña; tenia una boca que parecia, de puro chica, haber sido hecha artificialmente, viéndose en ella dos hileras de blancas perlas que formaban un hermoso contraste con sus rosados labios; sus ojos verdes eran coronados por una pestaña crespada i sombreados por una ceja espesa, de modo que cuando miraba, parecia que de ellos lanzaba rayos de esperanza, de amor i de consuelo. Emelina era, en fin, una de esas niñas admirables por su hermosura; de esas jóvenes que siempre se pintan como heroínas de novelas.

Educada en la sociedad de buen tono, tenia maneras afables i encantadoras. Habia entrado al mundo desde muy pequeña, pues su madre siempre la llevaba consigo. La coquetería se inició en ella, tambien, desde muy temprano. Las lisonjas de los jóvenes la habian despertado una sed de amor, que queria satisfacer haciendo conquistas, riéndose de los que se rien; porque la frialdad de los corazones, adornada o mas bien cubierta con el oropel de la ficcion i de la galanteria insulsa i ridícula, la habia ido a golpear la puerta de su vanidad de mujer, de su imaginacion de 18 años, de su razon bien débil todavía.

Ella se figuraba que los representantes de las comedias sociales eran todos los hombres; que el sórdido interés era el agente forzado de todas sus acciones; i si bien era cierto que veia algunas honrosas escepciones, que debian disuadirla de su modo de pensar, la costumbre i el ejemplo la condujeron por el camino bien trillado de la coquetería, que degrada a la mujer i la hace bajar del pedestal de ángel humano en que la colocó el Hacedor. Debemos culpar, tambien, a su edad. Ninguna mujer, que haya sido algo favorecida por la naturaleza, ha dejado de tener su época de coqueta en los primeros albores de su vida virjinal.

Bajo el punto de vista anatómico i fisiológico, el desarrollo excesivo de los nervios, hace conocer la movilidad del pensamiento de la mujer.

Emelina sabia finjir, i por eso la hemos visto espresarse con todo el fuego de la pasion con Alberto. Habia acariciado solo ese amor como un capricho de su loca imaginacion.

Alberto era un joven huérfano de padre i madre que recién se alzaba a la vida coronado con los laureles del talento; en sus clases era el primero: sus maestros lo apreciaban; era en esa época Bachiller en leyes; su erudicion científica i literaria le habia granjeado el aprecio de las personas inteligentes; se habia hecho conocer desde muy niño por su amor al trabajo, i las obras de su ingenio en las que brillaba una chispa de su imaginacion de fuego, de su corazon ardiente.

Pobre, pero decente, Alberto fundaba todas sus esperanzas en el trabajo, en su talento. Desde su bufete se creia que todo le iba a salir a las mil maravillas, que las puertas de la felicidad i de la fama le iban a dejar el camino espedito, que la senda por la que tenia que marchar, mas adelante,

era llana i sin tropiezos. ¡Pobres delirios de un joven de corazon!

De repente, figurábase que el mundo se le presentaba en miniatura, que los hombres no eran mas grandes que la cabeza de un alfiler, que los veia ajitarse, moverse, pelear por las cosas mas insignificantes, i que él, lleno de conocimientos, iba a ocupar allá, mas tarde, una posicion envidiable i digna de su grande imaginacion. ¡Pobre iluso!

Era él, todo espíritu, todo idealidad; i de aquí nacia su confianza inmensa en los hombres. Como él era bueno, lo mismo los creia a todos.

Desconfiaba del presente, fundaba toda su esperanza en el porvenir.

De gran corazon, i extremadamente sensible por naturaleza, era buen amigo i excelente compañero. Sus condiscípulos lo apreciaban, i nada hacian sin consultarlo.

Hombre de honor i excesivamente pundonoroso, no se descomedia en nada, i jamás pasaba por una bajeza que pudiera herirle en lo menor.

Habia conocido a Emelina en casa del jeneral C., i desde que la vió, una pasion intensa i de una extraordinaria fuerza se desarrolló en él. En esa noche creyó que las puertas de la felicidad se le habian abierto un instante; le pareció que sus ilusiones se habian convertido en realidad; que sus ensueños de loco desvarío habian tomado un cuerpo evidente, real i sensible.

La idea que incesantemente bullia en su cerebro, que lo acompañaba en sus escursiones ideales; el ser incorpóreo i aéreo que en sus ensueños imaginarios se le figuraba iba siempre junto a él, cuya respiracion percibian sus sentidos, i en la que se embriagaba, desparramándose por su venas un no sé qué de espíritu sutil, que llegaba hasta producir una atmósfera deliciosa a su corazon, se habia cumplido. Vió tomar una figura de mujer a ese espíritu; pero de una mujer ¡Dios mio! de aquellas que hacen delirar a los poetas, i que no pueden ser sino ángeles de consuelo que vienen a este valle de miserias para alentar en la vida a los que sufren, para la dicha de un mortal afortunado.

¡Cuánto se equivocaba!

El alma de su fantástico ser, le parecia encarnada en el alma de esa mujer.

Se le figuraba que su cuerpo tenia algo de divino, que se reflejaba en sus contorneadas i turjentes formas; que su órbita era de fuego, pero de ese fuego que no quema, de ese fuego de la pasion que busca en la espiritualidad su modo de ser, su existencia.

El sufrimiento le haria conocer, mas tarde, cuan terrible es decender de una creacion poética a una creacion humana llena de las miserias del mundo.

Jamás se figuraba que una mujer, i mas una mujer hermosa, pudiera finjir. A todas las creia sin defectos. Como él hablaba el lenguaje de la verdad, nunca creia que se le pudiera tratar de engañar.

V.

Es cierto que la compañera del hombre en este valle de miserias, está llena de las mas grandes i apreciadas cualidades que hacen dulcificar la vida de aquel; pero tambien es innegable que hai otras

que vienen a ser el sufrimiento perpétuo de una virtud de la especie humana.

Si fué por la mujer por quien se perdió el Paraíso, por ella también hemos reconquistado la salvación.

Hubo una mujer que dió a luz un hombre; ese hombre rompió la cabeza a la serpiente del mal, i nos franqueó las puertas de la felicidad en el eterno porvenir de la existencia espiritual.

Es la mujer del hombre lo mas malo,

Es la mujer del hombre lo mas bueno.

Ha dicho Quevedo, i en esto ha dicho una gran verdad.

Es la mujer, digo yo, una hermosa tela hecha de un tejido mui fino, que se conservará si no se usa mucho de ella.

Pero la mujer es lo mas grande que hai en la creación: ella es el emblema de un afecto que encierra lo mas sublime que se puede concebir; —*el amor*. Dios es el amor eterno, infinito, grandioso; la caridad es el amor de nuestros semejantes, el de hacer bien las leyes por la felicidad de la patria, de la humanidad, de la familia i de los conyuges, estan vinculadas al amor.

Sentimiento inefable i sublime en alto grado, el amor, viene a ser el vínculo que une los diversos eslabones de la gran cadena social i humanitaria.

La mujer reúne en el mas alto grado el amor filial, paternal, conyugal; el amor al hijo, i el mayor todavía, —el de Dios.

La mujer debe ser i es todo amor.

No es este precisamente el lugar en que vendría hacer el retrato moral de la mujer. La materia es larga i espinosa, i lo peor de todo es, que en esta causa, las partes vienen a servir de jueces, en la que, quizás, mas que en ninguna otra, estan comprometidos.

Basta de digresiones.

Sigamos adelante, que quiero ser corto, i no molestar al lector con pensamientos escritos por manos que están mas acostumbradas a manejar un escalpelo que una pluma.

VI.

Es de todo punto indudable que los diversos estados del alma influyen directamente sobre la salud del individuo, que en tales circunstancias se encuentra. Efectivamente ¿cuál no es el influjo que ejerce sobre nosotros el brillante aspecto de la luna, que ostentando su redondeada forma, pone en relieve los admirables cuadros de que está revestida la naturaleza? Los individuos melancólicos se dejan arrebatar de sus tristes pensamientos en la contemplación silenciosa del sublime espectáculo que se les presenta a la vista, no por cierto con el profundo pesar que lleva el luto del corazón en la desgracia, sino con una especie de tristeza sosegada; i aun dulce algunas veces, dejando correr sus pensamientos a la manera como se deslizan las aguas de un manso río, que va a echarse en brazos del profundo océano.

Era una noche del mes de octubre. El cielo estaba limpio i puro; numerosas estrellas engastadas en el fondo azul de nuestra bella atmósfera, que parecían diamantes que adornaban el manto del Señor, arrojaban sus tibios rayos sobre nuestro planeta, ocultas en parte por el brillo de la argentada luna. —Esa noche era la envidia del día.

Las campanas de los conventos tocaban las o-

cho. A esa hora, Emelina se encontraba sentada en el jardín de su casa respirando el suave aroma de las flores, i embebiéndose en la contemplación de una noche tan bella como era la que hacia. Su cabello flotante i desarreglado, caía negligentemente sobre su nevada espalda; apoyaba su mejilla derecha en una mano.

Una bata blanca la cubría. Parecía ser la reina de la noche.

Todo estaba en silencio, ni un ruido se oía, ni una ave gorjeaba, la naturaleza parecía dormir.

Sobre la frente de Emelina parecían pasar ideas que la absorbían completamente.

Sus ojos estaban apacibles i serenos.

¿Qué ideas la preocupaban?

¿En qué pensaba?

Ah! Emelina pensaba en la simpatía que sentía por Alberto.

El silencio de la noche la habia hecho reflexiva.

Pero ese amor no era hijo mas que de un capricho, el destello fugaz de una ilusión. Ella conocía las prendas que adornaban a Alberto; veía sus méritos, su imaginación de fuego i la pasión ardiente que por ella sentía; pero Alberto en cambio no podía satisfacer sus deseos, la sed ardiente de lujo que sentía, todos sus caprichos de mujer, sus ensueños de loca prodigalidad, de placeres materiales.

Ella quería ahogarse en el placer, recorrer todos los círculos sociales, hacerse admirar de todos, deslumbrar a los ilusos i ser la mimada de la fortuna.

Allá, en sus adentros, Emelina conocía que de ningún modo le convenia Alberto, porque era pobre, aunque jamás habia encontrado a nadie que le hablara con tanta franqueza, a ninguno que pintara su pasión con tanta verdad.

Se extasiaba en la contemplación de ese amor tan puro que un ser le brindara con la fé en el corazón i la confianza en los labios. Acariñaba con gusto el árbol que habia hecho nacer, al depositar la semilla del amor, que habia segado con sus hermosos ojos, en el alma de Alberto.

La lucha de la conveniencia i de la verdad se habia entablado en su interior.

La hora era apropiada.

El silencio convida a pensar.

De repente, Emelina se alza, echa sus cabellos hácia atrás, meneá su frente i dice:

—Sí, es cierto que nunca he encontrado un joven tan cumplido como Alberto, es verdad que su pasión hácia mí es grande; pero fácilmente la olvidará. Todo en este mundo es pasajero. Lo de ahora es puramente el fuego de su sangre, de su juventud. Los hombres olvidan con facilidad. Quizás mañana desaparecerá hasta el recuerdo; i el amor que ahora me brinda, se le mostrará mas tarde—allá,—mui a lo léjos, como la flor primavera de su existencia, como en medio de una corriente en que solo lo verá diseñarse, para borrarse en seguida. Yo también olvidaré todo.

Los hombres me han conducido por una pendiente que dicen ser mui resbaladiza ¿qué importa! Tengo mas fuerza de lo que pudiera creerse. Ellos me culparán quizás, pero ellos también tienen la culpa. Sus lisonjas me han hecho tener siempre la mentira en los labios. Ellos adoran al becerro de oro, a la mujer que deslumbra, a la que ostenta en su cuerpo joyas de inmenso precio; yo quiero

ser una de esas mujeres; yo quiero hacerme adorar por todos; quiero colocarme en un pedestal elevado, desde el que reciba el incienso de adulaciones incesantes.

La sociedad ha trastornado mi cabeza.

El matrimonio, para mí, no vendrá a ser mas que un medio para alcanzar mi objeto.

Alberto quedará en mi corazón, solo como una dulce imájen que vendrá a aparecérsese al través de una nube brillante.

La mujer de sociedad vence a la mujer de corazón.

Existe en mi memoria el recuerdo de un joven que, ántes de partir para Europa, me prometió amor. Verdad es que se necesita de esos aires para que su inteligencia se fortalezca, para que su alma se pule, para que adquiera el verdadero trato social. Ciertamente es también que su ilustración es ninguna, que su corazón es frío, que es superficial; pero él tiene inmensas posesiones; tiene oro, i oro i mas oro es lo que deseo para satisfacer mis deseos. Su madre desea este enlace, i según me dijo mamá, esto mismo la había recordado en la Alameda, al mismo tiempo que Alberto me juraba amor.

Nadie creerá que a mi edad se pueda pensar así; pero el estudio de la sociedad me ha hecho reflexionar de este modo; i hai también aquí, en mi pecho, el deseo incesante de grandeza, de esplendor, que siempre veo en mis celestes sueños, en mis doradas ilusiones.

Cansada, Emelina, por estos pensamientos, i sintiendo los efectos del frío de la noche, se retiró a descansar.

G. ADOLFO MURILLO.

(Concluirá.)

Cuentos de mi nodriza.

Recuerdo que en mi infancia

Oía a mi nodriza

Contar mil cuentecillos,

Consejas muy bonitas.

La pobre así arrullaba

Mi inquieta fantasía,

I sin querer la llama,

Apénas mal prendida,

De inspiración en mi alma

Atizaba solícita.

Por supuesto, mi mente

Juguetona corría

Por palacios i encantos

I mil supercherías;

De modo que en las horas

Del sueño peregrinas

Visiones mil formaban

Mi diaria pesadilla.

Los Infantes de Lara,

El águila sabida,

El castillo encantado

I cien mas brujerías,

Jamás estar ociosa

Mi mente permitían.

Aun hoy se me figura,

En medio de mis cuitas,

Oír su voz amable,

Ver su blanda sonrisa;

I apesar que los años,

Que todo lo marchitan,

Han arrancado todas

Aquellas alegrías,

Dejando mi alma seca

Cual tierra que calcina

El fuego de un incendio;

Con tristeza i delicia

Siempre, digo, recuerdo

Aquellas mentirillas,

Los cuentos que de niño

Gozar tanto me hacían.

¡Qué verdad, sin embargo,

Entre tanta mentira

La buena de mi ama

Sin pensar me decía!

¡Qué elocuentes lecciones,

Qué ejemplos hoy divisa

Mi espíritu en los sueños

Pueriles de esos días!

Contaba, verbigracia,

Muy seria i compunjada:

Que a un joven muy hermoso,

De raza muy altiva,

A quien los hados dieran

Cuanto bien necesita

El hombre en este mundo

Para una dulce vida,

Una maldita bruja,

Celosa de su dicha,

Mostróle al horizonte

Brillante luz fatídica;

Que despertó de un soplo

En su alma adormecida

Las pasiones que al hombre

Furiosas martirizan.

La ambición i los celos,

La rabia, la codicia,

Brotaron por encanto,

Cual yerba maldecida

En un prado que ha poco

Solo rosas crecían.

El niño trastornado

Por esta brujería

De súbito en un joven

Como ya se imagina,

Cambió súbitamente

Su anjélica sonrisa,

Su inocencia, su gracia,

Su belleza cumplida

En juventud atlética

Montaraz i sombría,

Que ya este mundo estrecho

Para sí lo imagina.

Al verse, de contado,

Con tal llama encendida

En un pecho en que solo

La inocencia vivía,

Dejó el hogar paterno

En que nació a la vida,

I a recorrer empieza

El valle, la campiña,

La ciudad no queriendo

Que le hagan compañía.

No bien salido hubiera.

I que sintió la brisa

Jugar con sus cabellos,

Cargada de ambrosía,

Se para, i dilatando

Sus ojos alto grita,

Cual si el mundo escuchase

Su vana parlería:

¡Qué bella es la existencial cuán hermoso

Es cada instante de la dulce vida!

Apénas amanece, i ya cumplida

Se ve nuestra indomable voluntad.

Las flores de sus calices destilan

El aroma i la miel, i de armonía

Llena se mira hasta la selva umbría;

Todo es placer, amor, felicidad.

Si el deseo nos punza, jenerosa
Naturaleza da lo que queremos,
I, embriagados de amor, amor bebemos,
I sin tocar jamas la sociedad.
¡Oh juventud! a tu ardoroso empeño,
Nada resiste a tu potente anhelo!
¡Tuyo es el mundo entero; tuyo el cielo;
I tuya, sí, tambien la eternidad!

¿Qué corazon resiste a tu mirada,
Si dardas contra él un rayo de ella?
¿Qué pecho no se ablanda a tu querella?
¿Qué orgullo no se dobla a tu altivez?
El ingenio no vive en la caduca
Mente del hombre, ni el placer al pecho
Del mortal que su cuerpo ve deshecho
I en su rostro difunta palidez.

Nó, ni el talento, ni el placer, ni gloria,
Ni la ambicion tuvieron otro asiento,
Pues si desapareces al momento
Cuanto el hombre tuviera se eclipsó.
Ya no es un hombre, no, solo ceniza:
Recuerdo nada mas: solo ruinas:
No ya flor perfumada, solo espinas:
Cadáver que a la nada se volvió.

¡Oh juventud! destello de los cielos,
Cual lo es el amor que tu desprendes,
Hoi con tus rayos mi vivir enciendes,
I del poder divino marchó en pos.
¡Paso al jóven radiante de hermosura!
¡Abridme paso, digo, muerta jente!
Que el mundo i sus placeres son presente
Que en sus bondades me alargara Dios.

¡Oh mortales cuitados! paso! paso!
Si no quereis que os huelle con mi planta:
Mia es la tierra, i mi alegria es tanta
Que puedo ser tirano muy crúel.
Vuestro llanto me acosa, la miseria
En que se envuelve la horfandad me irrita:
Vuestro dolor a saborear me escita
Del mundo solo la fragante miel.

De esta manera el jóven,
Hablando delirante,
Seguia los impulsos
Que debian guiarle,
Al traves de las breñas
I espesos matorrales,
Al castillo encantado
Dó la luz rutilante
Que miró, como he dicho,
Parece encaminarle.
No bien llegó a sus muros
El bello personaje
Abrióse con estrépito
La puerta en el instante;
I llevándole en brazos
Dos huríes mas suaves
Que el llanto de la vírgen,
Que el suspiro del ángel,
Condúcenlo a una sala,
Que a pintar es bastante
Decir que era morada
Dó todo goce cabe;
I en que cada sen'ido
Hallaba en que cebarse
Materia conformada
De demonio i de ángel.
Pasó ahí nuestro héroe
Del placer mas fugace
Al goce mas intenso
Que puede imaginarse.
En fin, hasta tal punto,
Que al cabo vacilante

Miró ya sus deseos
I su cuerpo doblarse.
A pesar que el demonio
En él tuviera parte.
Quiero salir, esclama
Al fin mui suplicante:
Dejadme libre paso:
Quiero volver al valle,
I respirar gozoso
Sus perfumados aires.
Aquí vuestros deleites
Dánme sed devorante
Que léjos de apagarse
Se enciende mas vorace.
Quiero el valle, repito,
Mi bienestar de ántes;
A ver si miro al sol,
Si miro allí los mares,
I de las aves oigo
Los conciertos süaves.
«Sal, pues,» dícele entónces
La bruja, «i al instante
Sabras que no se puede
El ser dos veces ángel.»
«El mundo en sus furoros
Te arrastrará cobarde;
I tu llanto i tus penas,
Mui léjos de aplacarle,
No harán mas que servirte
De reproche i ultrajes.»
«Si dices que tus males,
Tus acerbos pesares
Vienen solo de errores,
O de una lei que grave
Pesó sobre tu alma
Con fuerza incontrastable,
Te dirá: no hai remedio
Sufre i paga tus males.»

Apénas abiertas de aquella morada
Las puertas, saliera el ántes garzon
Ya viejo, encorbado, la faz arrugada,
Llevando un infierno en el corazon.

¿Sin luz dónde marchó? se dijo i doliente
Clavó al firmamento sus ojos cuajados
De llanto que abrasa cual hierro candente
Su labio i mejillas de fiebre rasgados.

¿Es ésta la dicha que ayer me soñaba?
¿Qué fué de mi fuerza, qué mi juventud?
¿Qué fué de aquel sueño que me aletargaba
Cual eco armonioso de amante laud?

Con esta plegaria
Camina i camina.
Sin hallar quien quiera
Servirle de guía,
Por entre las peñas,
Malezas i espinas,
Ni menos quien bueno
Le ofrezca acojida,
Al fin agoviado
Del hambre i fatiga,
Sentóse en la yerba
Que el prado tapiza,
Sin tener la idea
Que de allí vecina
Estaba la casa
Dó n ció a la vida.
Al cabo de un rato
El aura benigna
Del hogar paterno
Parece lo anima;
I llevado en alas
De su simpatía
Llegó a una morada

Que cerca divisa.
 Mas allí, por otra
 Rara brujería,
 No halla ni quien pueda
 Darle una noticia,
 Ni quien le conozca,
 Por mas que se diga
 Ser hijo del dueño
 Que en ella vivia.
 Entonces una águila,
 Bruja rematada,
 Le dice: te encuentras
 En tu misma casa.
 Mas nunca tu padre
 Ni lindas hermanas
 Podrán conocerte
 Aunque las llamas;
 Pues fuiste al castillo
 Dó todo se acaba,
 Se vuelve ceniza,
 I en humo se escapa.
 Dó se entra hecho un ángel,
 (Parece esto fábula)
 I se sale en breve
 Alma condenada.

Aquí paraba el cuento mi nodriza,
 I el sueño me venia;
 I en terror inefable que electriza
 El alma toda, así yo me dormia.

Creyendo que un castillo ciertamente
 Habia en esta vida,
 Dó el hombre no podia impunemente
 Poner la planta sin mirar perdida

La inocencia, el honor, su bien, su gloria;
 I yo me desataba
 En llanto, que recuerdo en mi memoria,
 Que hasta el amanecer no se secaba.

Ahora pregunto yo: ¿filosofía
 No hai en este cuentillo?
 Cualquiera como yo se lo diria:
 «Razon para llorar tuvo el chiquillo;»

«I la nodriza hablaba
 La elocuente verdad, la verdad pura;
 La moral predicaba
 I el niño no aprendió por desventura.»

MANUEL BLANCO CUARTIN.

Aforismos.

Aunque no soi La Rochefoucauld, ni conozco los hombres como La Bruyère, ni tengo el talento de pintar los caracteres como Sterne, ni puedo como Diderot hablar del amor empapando el pincel en el arco iris; háceme metido en la cabeza hacer una cáfila de sentencias, que suplico a Vds. Sres. RR. del *Mosaico*, si las juzgan dignas de ver la luz pública, se sirvan insertarlas en el próximo número de su periódico.

I.

Quando se juega *al amor* con las mujeres, es preciso ocultar bien las cartas.

II.

La mujer es la que pierde a la mujer. Con el hombre la mujer se rehabilita.

III.

No es Adán quien corrompió a Eva.
 Hoi la serpiente toma la figura de mujer para corromper a la mujer.

IV.

El amor es como el poeta, que encuentra siempre versos nuevos en la misma poesía.

V.

Aunque una mujer se desnude, siempre queda vestida con el pudor, si en realidad está enamorada.

VI.

¿El amor ha estudiado matemáticas? Cuando quiere engañar a quien le conviene, principia por poner un cero despues de una unidad.—Al dia siguiente pone otro cero; i así va de cero en cero hasta el dia en que la naturaleza despojada del prisma de la novedad la vuelve otra vez a su unidad primitiva. ¡qué digo! al siempre cero.

VII.

Para saber la edad de una mujer, es necesario preguntarlo a su amiga, élla dirá treinta años, su amiga cuarenta, i así se podrá tener el término medio.

Dejando las sentencias serias paso a las jocosas, que son los mejores para quien no desea hacer el filósofo taciturno i mal encarado.

I.

En Chile, se dice, que el clima no permite al hombre llegar a una edad avanzada, que no hai viejos; tienen mucha razon, pues ¿cómo han de haberlos si aqui todos nos quitamos la edad?

II.

Quando uno tiene una buena herencia o ha ganado una buena fortuna con el sudor de su frente o mas bien, con el sudor de sangre de lprójimo, puede estar seguro de ser idolatrado.

III.

Napoleon decia «todos los hombres se venden: la dificultad está solo en saber el precio en que se estiman,»—si este grande hombre hubiese dicho este aforismo para Chile, hubiese añadido: «lo único que puede comprar a un hombre republicano a nuestra manera es un buen empleo.

IV.

La naturaleza ama los contrastes i las anomalías: tan cierto es esto, que aqui no hai casi un vivo que no sufra del corazon sin haberlo sentido nunca latir, ni muerto que no se haya ido a la eternidad sin tener algo en esa entraña imajinaria.

V.

Para tener un buen empleo se necesitan tres cosas: primera no saber jota sobre la materia de que se va a entender; la segunda haber hecho un buen deservicio al pais; la tercera, que bien puede suplir a las otras dos, caer en gracia a los que mandan.

VI.

Para ser literato se necesita ser abogado, por que sin abogacia ya se sabe que el hombre no puede salvarse, aunque de esos hai que están mui buenos i salvos sin entender miaja de lo que se llaman letras.

En el número siguiente, Sres. RR. me pondrán algunas otras sentencias, al ménos así lo espero; entre tanto manden como quieran a su afectísimo

FERMIN APOTECMA.

Teatro.

Para el miércoles de la semana entrante tendrá lugar el beneficio del distinguido actor dramático don Antonio Gaitan. Este caballero, que por tantos títulos ha sabido conquistarse en nuestra sociedad un tan alto grado de estimación como pocos artistas la han alcanzado, ha elegido para aquella noche la pieza titulada HIJA I MADRE, que no dudamos dejará satisfecho al mas descontentadizo e inteligente aficionado.—Luego se cantará por el señor Flores la preciosa canción andaluza denominada LOS PIÑOS DE MI MORENA; finalizado la función con la petipieza OJO I NARIZ.—No creemos cumplir con nuestro deber de periodistas sino nos apresurásemos a prevenir al público que si quiere disfrutar de una noche verdaderamente agradable, se apresure a concurrir al beneficio del señor Gaitan.

Charadas.

Mi primera i segunda es un poeta:
Tambien es lago del antiguo Ejipto.
Mi tercera la debes a los rayos
Que el astro-rei exhala de su disco
Mi cuarta es la respuesta aterradorra
Que recibe el que pide algun servicio;
I mi todo la línea que demarca
El punto de la tierra en que existimos.

Si tienes tú mis sílabas primeras
Tendrás con que tomar rico café.
Si a la segunda añades mi tercera
Dirás: con una Musa me encontré.
Mi todo es nombre propio, i mui bonito:
Si quieres acertar, piensa un poquito.

Mis dos sílabas primeras
Son de hueca propiedad:
La primera i la tercera
Es signo de mucha edad:
Jeográfico nombre tiene
La tercera tras la cuarta:
Aca ardor, allende nieve,
Entre nosotros templanza.
No hai cosa mas elocuente
En los campos de batalla
Que mi todo.
Reino, conquisto, soi fuerte
En toda nación i playa;
De modo
Que conocerme podrás
Lector, sin decir te mas.

A los suscriptores.

Nunca ha podido ser mas agradable el cumplimiento de una promesa, que lo es para el Editor de este periódico llenar el compromiso que contrajo con los suscriptores, respecto de dar a la estampa el retrato de los hombres que mas se han distinguido en Chile por sus virtudes i sus talentos.

Don Salvador Sanfuentes, desgraciadamente ha sido el primero que debia ofre-

cernos este honor, si bien en él se mezcla todo el sentimiento que puede experimentar el que ama no solo las virtudes i el jénio en el individuo privado sino que deplora la pérdida que hace la patria en uno de sus mejores hijos.

El señor Sanfuentes ademas de sus virtudes i su gloria, representó en nuestra sociedad un papel que hace siempre necesaria la excusa cuando se trata de ocuparse, como lo hacemos, de su memoria.

Nadie duda que merecia un pincel que trasladase a la posteridad sus facciones de una manera imborrable: que necesitaba, o mejor, que necesitábamos nosotros conservar su imájen tan querida, no solo para el corazón de los hombres de bien, sino tan lisonjera i atractiva para todos los que sienten arder en su pecho la llama del orgullo nacional. Pero como los medios de que hemos podido disponer para conseguir formar su retrato son escasos, (pues solo hemos tenido a la vista un mal daguerreotipo del año 52), no debe extrañar el público que no se llene debidamente ni el objeto que nos hemos propuesto ni la expectativa que pudo haberse formado.

El retrato de los hombres como el señor Sanfuentes no necesita, sin embargo, de los primores del arte, no: el alma del buen ciudadano, del magistrado íntegro i puro, queda bien estampada en el corazón de sus compatriotas aun despues que la noche del olvido ha estendido sus alas sobre lo perezoso.—En este concepto, la intención sola debe bastar para que nuestro deseo sea bien mirado, i para que el jóven artista chileno, que ha querido estrenarse en esta clase de trabajos con el estudio de tan amable figura, reciba por su obra la felicitación que se merece.

Por fin, siempre quedará al *Mosaico* la gloria de haber sido el primer periódico que ha tributado este homenaje al ilustre finado; así con esta idea quedan suficientemente compensados los esfuerzos de

EL EDITOR.

Advertencia.

La crónica de esta semana, por un inconveniente que no ha podido evitarse, ha quedado solo en el anuncio; pero cuenten nuestros suscriptores que en adelante no pasarán sin este que ha venido a ser ya en los usos del periodismo como el plato de postre.